

USA

SE BUSCA

JUAN ALDEBARAN

UN PRESIDENTE

Este mecanismo es bastante complejo. Como si sus inventores y reformadores sucesivos hubieran querido darle un carácter litúrgico. En principio, un candidato es simplemente un ciudadano de los Estados Unidos de cualquier sexo —pero hasta ahora no ha habido mujeres en la Presidencia ni en la Vicepresidencia—, con más de treinta y cinco años de edad y más de catorce de residencia en el país. En la realidad, su nombre debe ir unido a una cierta magia no necesariamente política —el prestigio militar de Eisenhower, por ejemplo, fue llamado por los dos partidos, y optó por el republicano— y declararse individualmente candidato o ser nombrado por un partido. Desde el momento en que se declara candidato, el terrible foco público de los medios de información cae sobre él, se desmenuza su vida privada, sus enemigos le atacan sin piedad, sus amigos tratan de exaltarle. Esto pasa a partir del mes de enero. Los propios partidos no saben bien cuál es el índice de popularidad de sus candidatos y, evidentemente, querrían saber cuál es el que puede alcanzar la mayoría electoral: para ello, de mayo a junio se celebran las elecciones llamadas «presidencial preferencia primarias» o, simplemente, las prima-

EL gran «ballet» electoral de los Estados Unidos ha comenzado. Los pretendientes a esa gran Penélope que es la Casa Blanca, donde se tejen y destejen los grandes destinos, se agitan, hablan, manobran, se combaten... En buena ley podría decirse que este gran juego de las elecciones presidenciales no tiene fin: cada persona que se cree con posibilidades actúa continuamente, durante todos los actos de su vida, con arreglo a lo que pueda servirle para aproximarse a la Presidencia. Cuando uno de ellos es elegido, los demás continúan esperando al plazo siguiente, cuando pasen cuatro años. Así, ahora reaparecen veteranos de la lucha por la Presidencia: Humphrey, Lindsay, McCarthy... Si toda la vida de un gran político de los Estados Unidos está fija en la fecha cuatrienal de la elección, este último año es el del gran esfuerzo, el de la puesta en marcha del mecanismo.

rias. Esto, en la teoría. En la práctica, los grandes grupos de fuerza de cada partido tienen su propio candidato preseleccionado y tratan no de averiguar su popularidad, sino de forzarla, de crearla y de cortar el paso a quienes puedan disputársela.

Las primarias

Las primarias se celebran en intervalos regulares de marzo a junio. La primera, tradicionalmente, es la de New Hampshire, en Nueva Inglaterra. No las hay en todos los Estados: son voluntarias y no cons-

titucionalmente obligatorias. Este año se celebrarán en menos de veinte ciudades. En ellas se nombran los delegados de cada partido que acudirán a las Convenciones Nacionales. Como se conocen las tendencias de esos delegados, sus filiaciones, se sabe ya a quién van a votar en la Convención. En otros Estados, los partidos los nombran directamente, sin elección primaria. «La primaria —escribió Theodor White en "The making of a President", de 1960— es una batalla que se produce en el seno de la familia de un partido y, como todo conflicto familiar, puede ser amarga y

dejar heridas más perdurables que la acción contra el enemigo de noviembre» (noviembre es el mes de la elección directa). En efecto, las luchas y las maniobras de los candidatos suelen ser duras, y los medios de información las amplían y difunden. Son trascendentales para la «imagen» de los candidatos.

Las convenciones

Las convenciones se celebran en verano, una vez terminadas las primarias. Cada partido elige su ciudad y su fecha y envía sus delegados —en número variable cada año, pero que puede oscilar entre 1.500 y 3.500—. Es la última oportunidad. La ciudad elegida se convierte en carnaval, con sus grandes caravanas de propagandistas, sus discursos callejeros, a veces sus luchas sangrientas —como la de la Convención Demócrata de hace cuatro años—, sus acciones subterráneas, sus presiones de todo tipo... En la Convención, los candidatos —estamos hablando de candidatos a candidatos, hasta ahora— juegan sus mejores bazas. La Convención dura varios días: constitución de la Presidencia, discursos inaugurales, elección de procedimientos, discusión del programa del partido (la «pla-



taforma»), la presentación de candidatos... Y la elección. Puede ocurrir que las delegaciones voten en bloque, pero también puede haber voto individual. Suele haber varias votaciones hasta llegar a la mayoría absoluta. En las primeras, las delegaciones suelen hacer aparecer nombres sin ninguna probabilidad, pero populares y queridos en su Estado (los «hijos predilectos»), que desaparecen en las votaciones siguientes (aunque alguna vez se ha visto a uno de ellos llegar a la candidatura para la Vicepresidencia) para dejar paso a los verdaderos protagonistas. Finalmente, uno de entre los aspirantes será elegido: le acogerá una gran ovación, cánticos, músicas, «slogans», algunos silbidos de los decepcionados. Pronuncia su discurso de aceptación y comienza una segunda maniobra: la elección de candidato a la Vicepresidencia, que se celebra al día siguiente. La opción del candidato a la Presidencia es decisiva para la elección del vicepresidente, pero normalmente éste ha de reunir unos requisitos opuestos a los de su compañero de candidatura, para reunir entre los dos el mayor número de votos posibles en las elecciones. Si el candidato a la Presidencia ofrece una imagen liberal, el candidato a la Vicepresidencia la tendrá conserva-

dora (Kennedy-Johnson); si el uno es del Norte, convendrá que el otro sea del Sur... Siempre dentro de unas posibilidades de equipo, aunque de hecho la figura del Presidente domina de tal forma que el Vicepresidente es una figura opaca. Aunque no hay que olvidar que en caso de fallecimiento del Presidente, esta figura opaca le sucederá y a veces tomará un brillo espectacular (Truman, Johnson).

La campaña electoral

Tras las convenciones, la campaña electoral. El pueblo se encuentra frente a dos figuras, uno de cada partido, y debe optar. Este es el punto más débil de la democracia americana. El pueblo se encuentra ante los candidatos que han designado los dos grandes partidos, y sólo ante ellos: su opción es muy limitada. A veces aparecen pequeños partidos, pequeños grupos que presentan su candidato, pero generalmente no tienen armas económicas ni técnicas suficientes para conducir a buen fin la campaña electoral y se hunden. Su importancia es la de que pueden quitar votos al candidato más afín (Wallace, hace cuatro años, le quitó a Nixon muchos votos de la extrema derecha; Nixon salió de todas maneras ven-

cedor, pero podía haber perdido las elecciones por ese fraccionamiento). Las campañas electorales duran de dos a tres meses. Cada candidato —y hablamos ya de los candidatos designados, del de cada partido— recorre el país, estrecha manos, pronuncia discursos, aparece en la televisión, publica libros; cada miembro de su partido hace propaganda por él en cada pueblo... Técnicos de relaciones públicas, computadoras, profesionales de la estadística, grandes empresas de auscultación pública, forman la máquina de millones de dólares que dirige la campaña en los temas que puedan ser favoritos del público y en aquellos en que más se pueda dañar al adversario.

«Election Day»

Las elecciones se celebran el «Election Day», que es «el primer martes después del primer lunes del mes de noviembre» de cada año bisesto...

Los electores, mayores de veintinueve años —desde estas elecciones, mayores de dieciocho—, de cualquier sexo, que en algunos Estados deben probar que saben leer y escribir —fórmula para eliminar a los negros en gran mayoría en las po-

blaciones rurales—, inscritos en las listas desde seis semanas antes, votan. No por el Presidente, sino por unos compromisarios, que son los que en realidad van a elegir al Presidente. Pero como se conoce de antemano la filiación de los compromisarios, el resultado de esta votación popular designa ya en realidad al Presidente. La reunión electoral de los compromisarios suele ser un trámite sin importancia.

«Inauguration Day»

El Presidente electo pasa casi tres meses sin tomar posesión. Tiene que esperar al 20 de enero del año siguiente, al «Inauguration Day». Pero ya tiene un cierto poder. Aparte de que preparando su lista de Gobierno, sus nombramientos de altos cargos, se mantiene un estrecho contacto con el Presidente saliente.

En todos los grandes problemas que comprometen el futuro de la nación, el Presidente que se va consulta al Presidente que llega... Aunque muchas veces, si el que se va es miembro del partido opuesto, procura dejar toda clase de problemas al Presidente que llega. Está ya comenzando a preparar, para su partido, las elecciones del cuatrienio siguiente...

La Republican Party National Convention de los años 1956 y 1964 se celebró en el Cow Palace, de San Francisco.

Un pelotón demócrata contra Nixon

En cabeza: Muskie, Humphrey, Lindsay

Este año, la gran danza de los candidatos a candidatos se circunscribe prácticamente al partido demócrata. El republicano tiene ya a Nixon, Presidente en ejercicio, que, indudablemente, se presenta a la reelección para su segundo —y, constitucionalmente, último— mandato. Normalmente es así, aunque ha habido casos contrarios: el más reciente, el de Johnson, que se retiró, bañado en impopularidad, y no se presentó a la reelección. Nixon se ha inscrito ya en las primarias de New Hampshire del mes de marzo. Sólo un accidente podría cortar el camino. Tiene todas las bazas en la mano: realiza la campaña electoral desde el poder y puede hacerla con actos. La elección de fecha de sus viajes a Moscú y Pekín —en mayo— muestra su carácter de campaña electoral. La retirada del Vietnam, que desea ir cumpliendo para terminarla antes de las elecciones, puede ser decisiva. Generalmente, los grandes temas electorales son de política interior —impuestos, enseñanza, polución, pobreza, seguridad social, finanzas, agricultura...—, pero no hay que olvidar que un tema exterior como el del Vietnam tiene importantes repercusiones nacionales. En estos momentos, todos los pronósticos se inclinan hacia su reelección.

El partido demócrata bulle de candidatos. El gran favorito es Muskie, y le sigue Humphrey. Wallace fue el candidato parafascista del año pasado, y se presenta éste por los demócratas. Lindsay era republicano y se ha hecho demócrata para esta ocasión. La negra Shirley Chisholm está más bien en el reino de

la fantasía, con sus dos desventajas —negra y mujer— y su programa poco coherente. Yorty, alcalde de Los Angeles; Hartke, senador; Jackson, senador también, tienen escasas probabilidades. Eugene McCarthy fue en las elecciones pasadas el candidato de la juventud, el más a la izquierda de los demócratas, y reaparece ahora... El senador McGovern, también antiguo aspirante...

El enigma Kennedy

Pero la lista no está concluida. Hay tiempo aún, y se espera todavía un gran nombre. Por ejemplo, el del joven senador Ted Kennedy, tercer hermano de los dos asesinados. Pero él mismo asegura que no es candidato, que no va a presentarse. ¿Quiere esperar otros cuatro años? ¿Teme ser víctima de la tragedia familiar si lo hace? ¿O simplemente cree que es mal momento para él? El recuerdo de la llamada tragedia de Chappaquiddick —su coche cayó al agua, una noche, después de una fiesta; le acompañaba una joven que pereció. ¿Bebió en exceso Kennedy? ¿Era un adúltero? ¿Pudo salvar a la muchacha y huyó? Todas estas preguntas han maltratado ferozmente su carrera, hasta la más insidiosa: ¿deseaba Kennedy que la joven muriera?, ¿hizo algo para ello?— no sólo no se ha olvidado, sino que renace en estas fechas. Hay que pensar que no solamente la gente lo recuerda, sino que los enemigos de Kennedy hacen lo que pueden —y tienen armas para ello— para que esa cuestión se recuerde continuamente... De todas maneras, hay que pensar que las actuales negativas de Kennedy puedan cambiar, según vea posibilidades o no en los días por venir.

Muskie: El gran favorito

El problema está en que este pelotón demócrata es brillante como conjunto, pero no ofrece, por ahora,



Richard Nixon.



Muskie, con Ben Gurion.



Humphrey, un viejo rostro.

La Convención Demócrata de 1968, en el Anfiteatro Internacional, de Chicago.

un verdadero hombre que reúna los prestigios míticos que los americanos sitúan en sus Presidentes. No hay una gran figura, y hay poco tiempo para fabricarla. Pero, como queda dicho, hay uno que se destaca de los demás; lo que se llama un «front runner»: el senador Muskie.

Edmund Muskie fue candidato, en 1968, a la Vicepresidencia de los Estados Unidos, con Humphrey como Presidente. De todo el grupo que hizo la campaña electoral, Muskie destacó notablemente por sus discursos de sentido común, ponderados, inteligentes. Se pudo decir entonces que si el partido demócrata hubiera presentado la candidatura al revés —Muskie para Presidente, Humphrey para vicepresidente— podía haber batido a Nixon. Su línea política es el kennedismo: liberal, abierto, antirracista, intelectual... Tiene cincuenta y siete años, nació pobre —hijo de un sastre polaco—, es católico, abogado, oficial de Marina durante la guerra. Algunos de estos rasgos, como se ve, emparentan —aunque muy lejanamente— su biografía con la de Kennedy. Sus principios políticos fueron brillantes y su carrera ascendente, desde

su Estado natal —el Maine—, donde llegó a gobernador —reelegido después—, hasta el Senado y la designación por Humphrey para la candidatura como vicepresidente —después que McCarthy y Kennedy hubieran rechazado la oferta—. En las elecciones legislativas de 1970, su partido le designó como portavoz frente a Nixon. Ganó enorme prestigio, y las auscultaciones de la opinión pública le dieron como favorito demócrata para las elecciones de 1972. No ha perdido este puesto. Se dice que el «equipo de cerebros» que le prepara la campaña es el mejor del país. La ha iniciado con medio millón de cartas pidiendo ayuda económica: «Juntos —dice la carta— podremos comenzar de nuevo América».

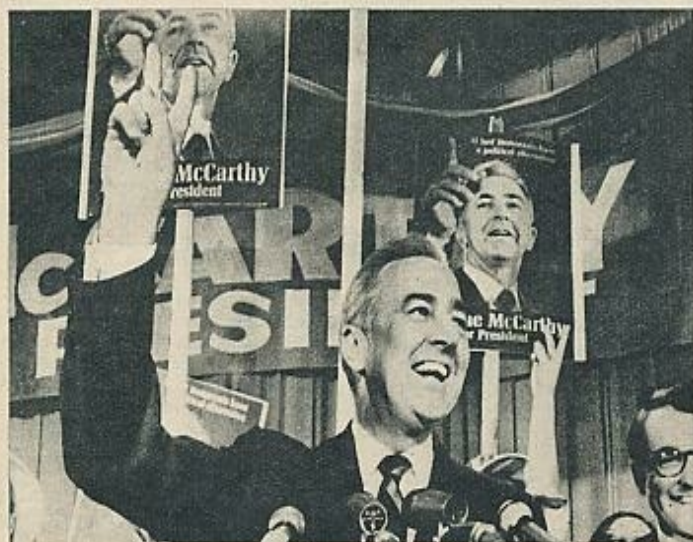
Humphrey: Un viejo rostro

Humphrey es un viejo rostro, aunque sólo tenga tres años más que Muskie. Está siendo candidato a la Presidencia o la Vicepresidencia desde 1956, y llegó a ser vicepresidente con Johnson en 1964. Hizo un papel muy secundario en aquella administración, aunque le alcanzaran las

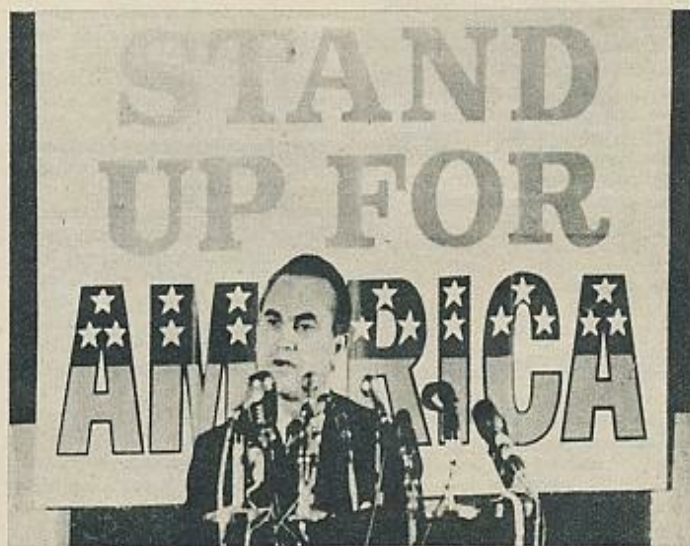


Lindsay, de republicano a demócrata.

USA SE BUSCA UN PRESIDENTE



McCarthy, ¿un tercer partido?



Wallace: «Segregación para hoy, para mañana, para siempre».

USA SE BUSCA UN PRESIDENTE

salpicaduras del desprestigio. Con el Presidente conservador representaba una izquierda liberal. En efecto, nacido también pobre, pasó muchas dificultades en el origen de su vida —su mujer tuvo que trabajar de mecanógrafa— y optó por temas de izquierda en su carrera política. Los votos de la izquierda le hicieron alcalde en Minneapolis y luego senador por Minnesota. Sus enemigos de la derecha le han acusado de «socialismo rampante» («creeping socialism»), o, como diríamos, de demagogia, de no haber sido suficientemente anticomunista cuando era obligatorio... Desde entonces ha cuidado mucho sus actos, y hoy puede aparecer como conservador con respecto a Muskie, incluso con respecto a Lindsay, y no digamos si se le compara con McCarthy.

El alcalde Lindsay

John Vliet Lindsay ha saltado del partido republicano —con el cual había llegado al trascendental cargo político y económico de alcalde de Nueva York en 1965— para afiliarse al demócrata. Dentro del partido republicano fue siempre del ala izquierda, lucha contra los «ultras» como Barry Goldwater y fue ya aspirante a la Presidencia, dentro del partido republicano, en 1968. También es de origen pobre. Nació en 1921, hijo de un emigrante escocés que luego se convirtió en banquero. Esto le permitió hacer estudios en colegios caros. Su carrera de abogado fue brillante. También hizo la guerra en la Marina, y con fama de héroe. A él se debe la redacción de las leyes de derechos cívicos —contra la segregación de los negros—, tema en el que puso, como todos los que toca, enorme entusiasmo. La Alcaldía de Nueva York ha sido su principal baza para aspirar a la Presidencia. Ha tratado de administrar con justicia las enormes finanzas de la ciudad, favorecer a las minorías de emigrantes y de distintas religiones. Siempre ha gozado de los votos populares, y siempre ha estado visto con precaución y desconfianza por los amplios sectores conservadores del que era su partido. Tiene grandes dotes personales de simpatía, tiene «magia».

Los otros

De entre los candidatos que siguen a este trío de mayor envergadura se puede tener en cuenta a McCarthy y a Wallace, por su carácter de independencia. La irrupción de McCarthy se produjo, como hemos dicho, en 1968: un casi desconocido que decidía optar a la Presidencia y que reunió rápidamente toda la oposición liberal de izquierda dentro del partido demócrata. Sin ser demasiado joven —nació en 1916—,

ganó la adhesión de la juventud: los estudiantes hicieron su propaganda. Profesor, intelectual, católico, hijo también de emigrantes, su carrera fue cortada en las elecciones primarias. Se presenta ahora con las mismas ideas que entonces —retirada absoluta del Vietnam, negociación con todos los países, reparto equitativo de la riqueza en el país—, y su principal importancia en este caso es la de que si desaparece en las primarias o en la Convención puede presentarse de nuevo como «independiente» o crear un partido para sí mismo.

Es el caso de Wallace, aunque éste esté en la línea política opuesta. Wallace, desahuciado por los demócratas en 1968, fundó su propio movimiento y obtuvo un número considerable de votos. Este año aparece de nuevo como demócrata, pero dispuesto a presentarse como independiente otra vez. Wallace fue gobernador de Alabama hasta 1966, y se distinguió como racista absoluto, sostenido por el Ku Klux Klan, y proclamó «Segregación para hoy, para mañana, para siempre». Lo cumplió, plantándose personalmente ante la puerta de la Universidad para impedir el paso a los primeros negros que se habían inscrito como estudiantes, y movilizó a la Guardia Nacional para impedir que se cumplieran las leyes integracionistas. Cuando no le quedaron más recursos, cerró las escuelas. La ley impidió a Wallace presentarse de nuevo a la elección para gobernador, por haber cumplido ya sus términos legales: fue elegida entonces su mujer, de modo que el poder siguió siendo de Wallace. Su campaña electoral fue racista y, en general, de corte fascista. Son los mismos términos en que la plantea ahora.

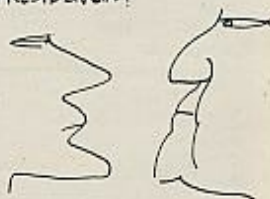
Pueden surgir más candidatos. Puede, como hemos dicho, aparecer Edward Kennedy o alguna otra figura... Pero lo más claro es que en las elecciones primarias se vayan prefigurando algunas de las tres primeras «estrellas» citadas: Muskie, Humphrey o Lindsay. En general, puede decirse que el partido demócrata juega esta vez profundamente la carta de su izquierda moderada —el más abierto, McCarthy, tiene pocas posibilidades—, pero también puede decirse que Nixon ha arrebatado muchas de estas cartas de la izquierda. Es difícil insistir en la «paz en el Vietnam» si realmente Nixon puede, frente al «establishment», retirar todos los soldados de la península indochina; la coexistencia con la URSS está en marcha; el reconocimiento de China, gran tema de la izquierda, está a punto...

La lucha se va a hacer, sobre todo, en los temas de la política interior, en la lucha contra la pobreza y en el restablecimiento del orden y la armonía en la dañada sociedad americana. ■ J. A.

FEIFFER

¿QUIERE VD
PRESENTARSE
COMO CANDIDATO
A LA PRESIDENCIA?

EFFECTIVAMENTE



¿QUE
PROGRAMA
OFRECE?

TERMINARE
CON
LA GUERRA



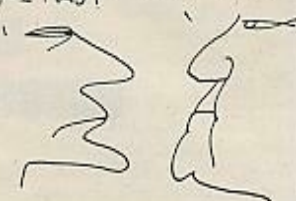
¿AH SÍ?
¿Y QUE MAS?

ACABARE CON
LA POLARIZACIÓN
ENTRE LAS
RAZAS



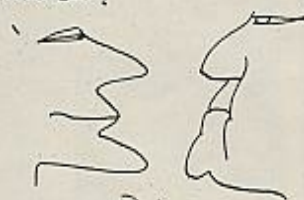
¿AH SÍ?
¿Y QUE MAS?

REFORMARE
Y VITALIZARE
LA ECONOMIA



¿AH SÍ?
¿PERO COMO
VA A CONSEGUIR
TODO ESO?

DESPEDIRE
A TODOS
LOS EXPERTOS



¡MI JEFE!

